



Félix Sarramián, 54 años en esta tierra de la carretera de **El Cortijo**.

El asfalto contra la tierra

La agricultura y la ganadería van desapareciendo en el entorno de Logroño. Son testigos dos familias de Varea y El Cortijo

Texto y fotografías: **Ch. Díez**

Logroño se extiende como una telaraña en todas las direcciones. La fiebre del ladrillo ha ido engullendo sin piedad el espacio agrícola que circundaba la ciudad. Las haciendas de General Urrutia o las pequeñas huertas de Madre de Dios son ahora parques y viviendas. Los ganaderos que pastoreaban sus rebaños desde Pradoviejo hasta La Grajera y los agricultores que cultivaban su hortaliza en Cascajos sur, al otro lado de la circunvalación, han cedido el paso a los apresurados logroñeses que habitan el extrarradio de esta nueva ciudad. La tierra se ha convertido en asfalto. Es un hecho. Y pocos son los agricultores y ganaderos que siguen con su actividad en estas circunstancias. Dan su testimonio Félix Sarramián y Carmen Pablo, horticultores de la carretera de El Cortijo, y Manuel Blázquez y Almudena Ruiz, cabreros de Varea.

Las instalaciones de Manuel y Almudena, con las huertas de Varea de fondo.





Los ganaderos Manuel Blázquez y Almudena Ruiz, ordeñando las cabras.

Aunque admiten muchas interpretaciones, las estadísticas no mienten. En el término municipal de Logroño se cultivan ahora mismo unas 2.400 hectáreas de tierra, 600 menos que en los primeros años de la década de los 90. Se han perdido 400 hectáreas de hortalizas, más de 450 de cultivos forrajeros, un centenar de frutales; se han ganado 234 hectáreas de viña, 36 de olivar y otro tanto de viveros. El saldo es negativo.

Los censos ganaderos reflejan la decadencia de todo el sector, todavía más alarmante en la ciudad. Quedan 5.000 animales en Logroño: 391 vacas de leche, 650 terneros de cebo, algo más de 400 ovejas, 350 cabras, unos 2.000 cerdos y... Y para de contar. En 1995 había en el término municipal casi 4.000 ovejas, hoy queda un rebaño y se vende.

Los números no sólo indican que se cultiva menos o que hay menos ganado, también, como es lógico, que los que lo hacen son cada vez menos. Todo son restas.

Los que quedan no necesitan echar cuentas para conocer la situación. Han visto quedarse lleco un corro de tierra tras otro o levantar un bloque de viviendas en el prado donde antes pastaba el

ganado. Han sido testigos de excepción del crecimiento de la ciudad porque es a ellos a quienes ha ido arrinconando. La perspectiva desde el centro es bien distinta a la que se tiene desde el extrarradio. Tampoco es que esta urbanización invasiva haya cambiado en exceso su forma de vida, pero sí condiciona su perspectiva de futuro y les deja sin referencias a las que asirse. Ser pocos no es una ventaja sino una losa que se resisten a dejar caer sobre sus espaldas.

Días atrás

Manuel Blázquez tiene 45 años. Nació, creció y se desarrolló en los alrededores de Logroño. En Paterna, arriba de Yagüe, dio los primeros pasos; se crió entre Pradoviejo y el pantano de La Grajera; y ha acabado formando una familia en Varea. Conoce al dedillo cada milímetro de tierra del término municipal de Logroño. Ha visto cómo el desarrollo urbano se comía los caminos, las veredas y las piezas donde pastoreaba con las ovejas y colocaba en su lugar barreras infranqueables para seguir con su actividad. Hace diez años decidió cambiar las ovejas por cabras de leche semiestabuladas. Mejor lo cuenta él: “¿Que por qué decidí quitar las ovejas? Porque no había

pastos. Pero no yo, todos los que teníamos animales. Cerraron el ferrocarril, cortaron el paso a nivel y desapareció el paso del ganado –Almudena Ruiz, su mujer, le interrumpe: ‘lo mejor que nos ha pasado’. Más adelante lo explica—. Hacia arriba tenemos la vía del tren, la carretera, la Portalada 1, la 2 y la 3. Para abajo puedo pastar hasta Recajo, hasta donde llega la jurisdicción de Logroño. Pero no te dejan entrar. Queda alguna finca por ahí, pero no como para mantener un rebaño de ovejas. Y ese fue el motivo de quitarlas. Si salgo al campo estoy indefenso. Con las cabras salgo muy poco, a alguna huerta. Trabajamos en una semiestabulación. Las saco un ratito por la tarde a algún prao por aquí cerca y a casa”.

El corral de Manuel y Almudena, prácticamente su casa porque allí ven salir y ponerse el sol, está a escasos metros del cementerio de Varea, donde acaban las casas y empiezan sin transición las huertas. Tienen unas 300 cabras de raza murciano granadina, a las que ordeñan cada mañana con una ordeñadora mecánica. Su leche la vende a Lácteos Martínez.

Unos kilómetros más arriba siguiendo el curso del río, Carmen Pablo y Félix

Sarramián cultivan su hortaliza en la finca que pertenece a la familia desde 1936, cuando la compraron los abuelos de Félix. Allí ha pasado este agricultor su vida y allí la comparte desde hace 20 años con Carmen. Viven en “la carretera”. Así llaman a esta franja de tierra que se extiende entre la carretera de El Cortijo y el curso del Ebro y que a vista de pájaro parece dibujada por el *rotrin* de un delineante. A pie de tierra, sin embargo, los delineantes son los hortelanos que levantan caballones y colocan lechugas y cebollas, cardos o pimienta como las costureras cosían sus almazuelas, con tal detalle que es difícil encontrar una puntada mal dada.

Pero eso era antes. Durante el último quinquenio, Carmen y Félix han visto mudar de aspecto a estas tierras, y ellos mismos se han acomodado en parte a los nuevos tiempos abriendo un comercio en Logroño donde vender su hortaliza. “Quedamos tres agricultores en toda la carretera, dos primos míos y yo. Lo demás está lleco. Yo llevaba de 25 a 30 fanegas de tierra y he dejado prácticamente todo. Ahora cultivo tres fanegas. Lo justo para tener productos para la tienda. Todo lo que llevaba yo está así de hierba”, dice Félix y alza su mano hasta la altura del pecho, luego levanta

el puño hasta la boca y exclama: “da una pena verlo”. Es primera hora de la mañana y Carmen y Félix se han puesto la bata blanca para atender a la clientela de la tienda, escasa todavía. Se llama La huerta de Sarramián y está en Ronda de los Cuarteles, a poco más de un kilómetro de esa huerta a la que hace referencia el letrero.

El día a día

A esa hora, en Varea, Almudena y Manuel están en pleno ordeño. Hasta media mañana, todos los días del año, ese es su trabajo. Luego hay que amamantar a los cabritos, echar el pienso en las canales, ponerles cama limpia, ver si alguna ha parido, estar al tanto si hay alguna mala... Allí no paran un segundo, pero el trabajo no es su principal preocupación. “Trabajamos más ahora, pero vivimos mucho mejor”, dice Almudena. “Lo pasamos muy mal con las ovejas. Sufrimos mucho, recién casados, éramos dos chavales. Teníamos que pasar todos los días el ferrocarril para darles de comer... Pasamos unos años muy malos, con pocas alegrías”, agrega Manuel. Lo de pasar la vía del tren es quizá el episodio de esa época que recuerdan con mayor amargura. “Por eso decía antes que cuando cerraron la vía fue mi mayor ale-

gría. Cada vez que teníamos que pasar la vía, y la pasábamos todos los días, me quitaba un año de vida”, dice la mujer. “He cogido allí cada mojina, le sigue el marido. Muchos días esperábamos hora y media hasta que pasaba el tren. Como es un tramo de un solo sentido era la única manera de no arriesgarte a que se llevara a las ovejas por delante. Pero una vez, por el perro que llevábamos, si no nos deja sin rebaño.”

Su vía crucis ahora no es precisamente la vía, sino la subida de precios del pienso. Aquí, en estas instalaciones, han ido invirtiendo todo el dinero que han sacado estos años con mucho esfuerzo y ahora... “ahora que vamos levantando cabeza, nos viene esta subida”. Almudena calcula que llenar los dos silos de pienso cada mes y medio les cuesta unas 350.000 pesetas más. Y aunque les han subido un poco el precio de la leche este último mes, indica, “por muchos números que hagas, nos cuesta más producirla que lo que nos pagan”.

Félix Sarramián ha cambiado la bata por el buzo. A eso de las diez de la mañana deja a Carmen en la tienda y se va a la huerta. Hay que preparar la tierra para la hortaliza de primavera: levantar los plásticos, labrar, volver a poner los plásticos y plantar habas, cebollas, lechugas...

La tienda La huerta de Sarramián se surte fundamentalmente de productos propios.





Carmen Pablo, en la entrada de su casa de El Cortijo.
María Casado (Archivo Fademur)



Manuel y Almudena, en su corral de Varea.

A este agricultor se le ve más cómodo con las manos manchadas de tierra que con la bata impoluta, pero se siente a gusto en su nuevo papel de tendero: “Ser agricultor me ha gustado toda la vida porque lo he mamado desde pequeño. Al jubilarse mi hermano y quitar la tienda decidimos cogerla nosotros. Aquí se trabaja menos, muchas horas, pero a otro ritmo. Y además ya no puedo trabajar como antes; tanto lavar la verdura me ha dejado los huesos de las manos fastidiados, soldados unos con otros, sin juego”.

A Carmen, desde hace tiempo, le rondaba en la cabeza la idea de montar la tienda como una manera de sacar mayor rentabilidad a sus producciones, tanto la hortaliza fresca como las conservas que comercializan con la marca La huerta de Sarramián. Un apellido, Sarramián, que es como una institución en El Cortijo. Agricultores de toda la vida que han ganado, entre los primos, todos los premios en los concursos agrícolas de San Mateo. El año pasado, sin ir más lejos, Carmen ganó el primer premio a la mejor hortaliza con un pimiento de

variedad najerano, y Félix quedó segundo en el conjunto de hortalizas. “Siempre me falta algún producto, por eso no me dan el primer premio, y no quiero comprar. Eso no tiene mérito. Para el año que viene pienso poner aquí de todo, así que nos volveremos a presentar”. Suerte.

El día de mañana

A los agricultores, cuando se les pregunta por el futuro, suelen contestar: “ya veremos a ver” y a continuación miran al cielo. Félix y Carmen miran al cielo, pero también al horizonte. La silueta de la ciudad se aproxima sigilosamente a sus tierras y se ponen en el lugar de los que han tenido que dejar su hacienda por la prosperidad de la ciudad: “Pues les ha pasado como a nosotros cuando nos toque. Ahora te hace mucho daño, porque vivimos allí encantados, pero dentro de 15 años ya estás jubilado y entonces a lo mejor piensas que vas a estar más cómodo en un piso pequeño que en una casa de campo. Ya veremos a ver...”. Son palabras de Carmen, que, además de agricultora y ahora tendera,

es la presidenta de la Asociación de Vecinos de la carretera de El Cortijo, desde donde da la batalla por conseguir una sede.

Río abajo, el cielo está encapotado y Manuel y Almudena siguen hablando de sus problemas, sus sueños, sus necesidades y su futuro: “Nuestra historia está aquí, nos casamos y todo lo que tenemos está aquí. Aquí estamos dejando el pellejo. Es como un pozo ciego, aquí va cayendo todo y, ya ves, tenemos pocos horizontes. Aquí me siento muchos días, miro al frente y esto es lo que veo”.

Manuel señala al frente, miramos los tres por inercia y enmarcado por la puerta de la estancia se ve un horizonte escaso, rematado de unos pabellones grisáceos y feos que culminan la ladera. La carcajada es instantánea. Parece no haber otro modo de vivir de la ganadería que con sentido del humor. Es una característica intrínseca de los ganaderos, su sentido del humor y su querencia por los animales, el pensar que no podrían vivir de otro modo. “Y no podemos. Te lo digo en serio. Cada uno salimos para una cosa y yo he salido para ser ganadero.”